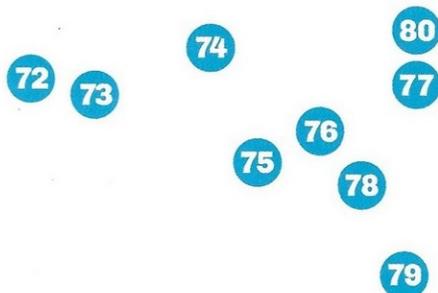


Rosario Ilustrada

Guía literaria de la ciudad



- 1 Roberto Arlt 2 Jorge Söhle 3 Ada Donato 4 Felipe Aldana 5 Beatriz Vignoli 6 Lilian Neumann 7 Arturo Cancela 8 Rosa Wernicke 9 Jorge Isaías 10 Rubens Bonifacio 11 Patricia Suárez 12 Pablo Crash Solomonoff 13 Oscar Taborda 14 Alfonsina Storni 15 Daniel Giribaldi 16 Osvaldo Bazán 17 Borges/Bioy Casares 18 Daniel Brigueo 19 Rafael Ielpi 20 Eduardo D'Anna 21 Héctor Sebastianelli 22 Florencio Sánchez 23 Fausto Hernández 24 Edgardo Dobry 25 Francisco Gandolfo 26 Alberto Lagunas 27 Angélica Gorodischer 28 Juan Carlos Onetti 29 Roger Pla 30 Edgardo Cozarinsky 31 César Tiempo 32 Noemí Ulla 33 Alejandro Rubio 34 Hugo Diz 35 Elvio Gandolfo 36 Luis Gudiño Kramer 37 Enriqueta Glardon 38 Mateo Booz 39 Facundo Marull 40 Pablo Makovsky 41 Perfecto Gambartes 42 Marcelo Scalona 43 Lubrano Zas 44 Adolfo Bioy Casares 45 Dermidio González 46 Jorge Barquero 47 Pablo Gavazza 48 Delia Crochet 49 Alma Maritano 50 Abel Rodríguez 51 Carlos Piccioni 52 Roberto Fontanarrosa 53 Beatriz Guido 54 Sergio Gioacchini 55 Carlos Surínguez y Acha 56 Romeo Medina 57 Aldo Oliva 58 Juan Martini 59 Concepción Bertone 60 Ángel Guido 61 Alcides Greca 62 Alicia Kozameh 63 Julio Fingerit 64 Stella Contardi 65 Darío Homs 66 Rafael Bielsa 67 Osvaldo Aguirre 68 Gabriela Saccone 69 D.G.Helder 70 Sergio Cueto 71 Juan José Saer 72 Francisco Urondo 73 Raymond Carver 74 Jorge Riestra 75 César Aira 76 Luis Carrión 77 Rodolfo Vinacua 78 Marcos Lenzoni 79 Ricardo Güimé 80 Graham Greene**

:e(m)r;

EDITORIAL MUNICIPAL DE ROSARIO

Rosario Ilustrada / Guía literaria de la ciudad

© Editorial Municipal de Rosario 2004

Edición general Pedro Cantini / Compilación y edición Martín Prieto y Nora Avaro / Ilustración Luis Lleonart, Milena Alessio y Silvina Marietta / Diseño Cosgaya Diseño / Impresión Borsellino Impresos

EMR agradece especialmente, por su colaboración en la elaboración de esta Guía, a Ricardo Avaro, Analía Capdevila, María del Carmen D'Anna, Eduardo D'Anna, Elvio Gandolfo, Jorge Isaías, Jorge Malla, Alfredo Monzón, Gladys Onega, Mario Ghione, Alberto Giordano, Diego Giordano, Rafael Ielpi, Jorge Isaías, Jorge Malla, Alfredo Monzón, Gladys Onega, Judith Podlubne, Agustina Prieto, Carlos Raggi, Roberto Retamoso, Sylvia Saïta, Carlos Saltzmann, Oscar Taborda, Fernando Toloza, Alfredo Tornimbeni, Alberto Carlos Vila Ortiz, Susana Zemme, Héctor Nicolás Zinni.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas www.ahra.com.ar

72

La Agraria

por Francisco Urondo

En esos días, nos escapamos juntos a Rosario. El viaje me puso de mal humor, porque pensé que no teníamos mucho de qué hablar; además ella estaba asustada: es fama en Santa Fe que los amantes clandestinos se reúnen en Rosario, y esta tradición prestigia cualquier aventura, dándole el rango de peligrosa o decisiva. Comimos en “La Agraria” y después fuimos a un hotel, donde se puso un camión que inmediatamente le quité, para pasar prácticamente a violarla.



Aventuras
peligrosas



La relación de Paco Urondo con Rosario se remonta a mediados de los años 50, cuando estableció contacto con varios de los poetas e intelectuales de la ciudad, y se refuerza entre 1958 y 1959, época en la que fue director de Cultura de la provincia de Santa Fe. Pero, según se desprende de este relato, no todas sus visitas estaban ligadas a la literatura, o a la militancia política.

Francisco Urondo nació en Santa Fe en 1930 y murió en Mendoza en 1976. Este es un fragmento del relato “Baile” perteneciente a su libro *Todo eso* (Buenos Aires, Editorial Jorge Alvarez, 1966).

73

Jockey Club

por Raymond Carver

Cubiertos

Haciendo trolling con el señuelo 20 pies detrás del bote bajo la luz de la luna, ¡cuando el enorme salmón picó! Y salió entero afuera del agua. Pareció pararse sobre su cola. Después volvió a caer y se fue. Temblando, seguí hasta el puerto como si nada hubiera pasado. Pero había pasado. Y pasó tal cual lo acabo de contar. Me llevé el recuerdo a Nueva York y más allá. Me lo llevé donde quiera que fui. Todo el camino hasta aquí, hasta la terraza del Jockey Club de Rosario, Argentina. Desde donde miro el ancho río que devuelve la luz de las abiertas ventanas del comedor. Me quedo fumando un cigarro, escuchando el murmullo de los socios y sus mujeres adentro, el leve sonido metálico de los cubiertos contra los platos. Estoy vivo

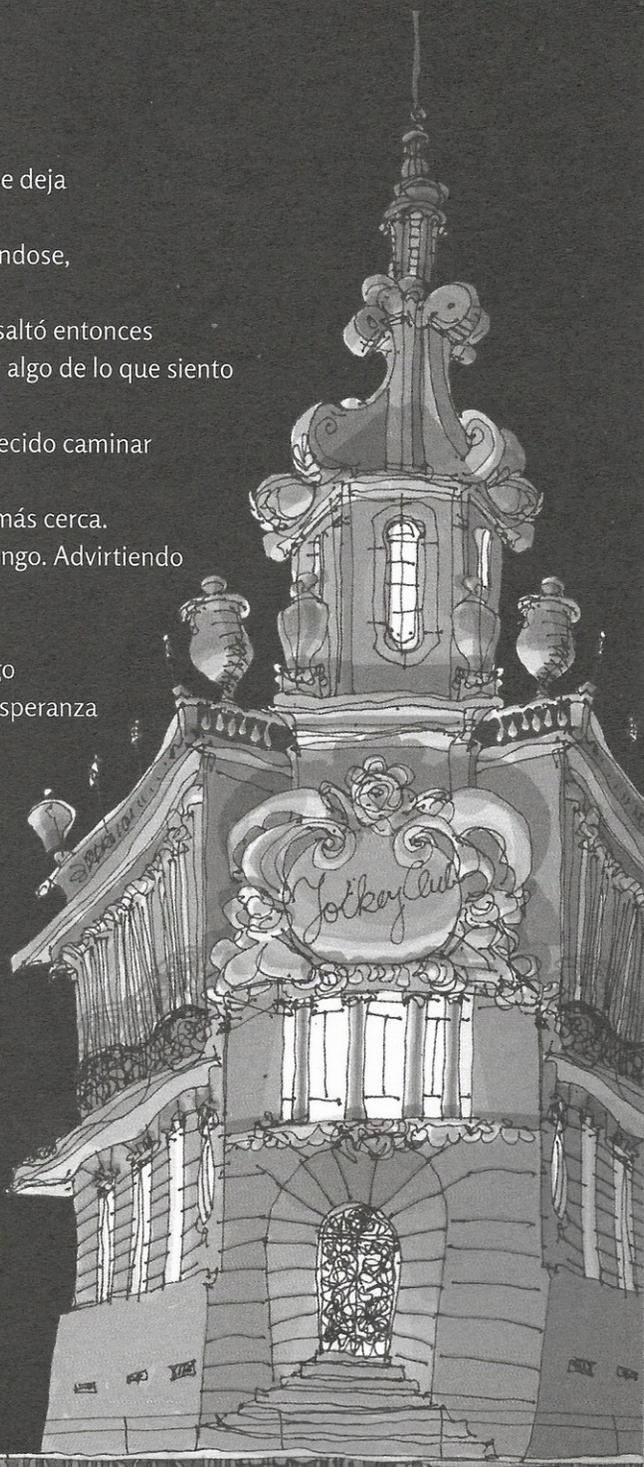
El sonido metálico de los cubiertos contra los platos



En 1984, Raymond Carver ya había publicado dos de sus grandes libros de relatos, pero era todavía un escritor desconocido cuando llegó a Rosario a dar una charla para alumnos del traductorado de inglés. La conferencia, dicen quienes estuvieron allí, fue aburridísima, y una de sus asistentes, hoy destacada poeta y traductora, se quedó dormida. A veces, hace un chiste: "Yo dormí con Carver".

Raymond Carver nació en Oregon (Estados Unidos) en 1938 y murió en Nueva York en 1988. Este poema, traducido por Mirta Rosenberg y Daniel Samoiloivich, fue publicado en *Diario de Poesía* Nº 12 (Buenos Aires – Montevideo – Rosario, 1989).

y bien, ni feliz ni infeliz,
aquí en el Hemisferio Sur. Por eso me deja
más perplejo que nunca
el recuerdo de ese pez perdido, alzándose,
dejando el agua y volviendo a ella.
El sentimiento de pérdida que me asaltó entonces
me asalta todavía. ¿Cómo transmitir algo de lo que siento
sobre este asunto? Adentro siguen
conversando en su propia lengua. Decido caminar
por la orilla. Es la clase de noche
que hace que hombres y ríos estén más cerca.
Camino un trecho, después me detengo. Advirtiendo
que no he estado cerca. No
durante muchísimo tiempo. Ha sido
esta espera la que ha venido conmigo
a todas partes. Pero ahora crece la esperanza
de que algo se levante y salpique.
Quiero oírlo, y seguir adelante.



74

Córdoba y Mitre

por Jorge Riestra

Después de una
serie de muertes
ocurridas en
el café



El realismo argentino tiene a uno de sus autores más destacados en Jorge Riestra, quien ha logrado convertir el ambiente de los billares y sus personajes en una especie de lente con la cual es posible ver el mundo entero.

Cuando Tejerina nos contó esto, ya había cambiado el sitio de parada de su taxi. Lo que nosotros sabíamos era que había dejado de aparecer por el café sin previo aviso, pero una noche, caminando por Córdoba hacia el oeste vimos que parado frente a la farmacia que está en Córdoba y Mitre y con la bandera baja y enfundada, estaba el taxi de Tejerina. Después lo vimos a él, que estaba apoyado en el reborde de la vidriera de la farmacia y en actitud de estar respirando algo con fruición. Primero nos contó lo de Peire, pero después habló de sí mismo. Nos dijo que, después de la serie de muertes ocurridas en el café, él, que era medio curandero, se había aconsejado a sí mismo un cambio de aire y que, experimentando aquí y allá, había llegado a la conclusión de que no hay clima más sano que el que se respira en la proximidad de una farmacia, por lo que allí lo veíamos, bien sentado y respirando aquello tan sano que él no sabía si bajaba, subía o flotaba, pero que alargaba la vida en veinte años por lo menos; y nos invitó a que probáramos, a lo cual el Mingo respondió que, por supuesto, ya lo estábamos haciendo, pero que lo único que se percibía allí era el olor del toscano que el mismo Tejerina estaba fumando; respuesta que a Tejerina le pareció tan insolente que, para darnos a entender que teníamos que irnos, cruzó la calle y levantó la bandera del taxi.

75

Palacio Fuentes

por César Aira

Era la primera vez que entraba en el Palacio Fuentes. Giordano era muy snob en materia de arquitectura. No había edificio que admirara más en la ciudad, sentimiento en el que lo acompañaban, influidos por él, varios de sus amigos, que habían concebido la idea de dinamitar las manzanas circundantes para que se lo pudiera admirar con perspectiva. Pero siempre lo había admirado desde afuera. Quién sabe por qué, no había tenido la iniciativa de meterse a mirar.

“Tenía que ser hoy”, pensó. Dio unos pasos en el vestíbulo, y un sentimiento de déjà vu empezó a crecer en él. Crecía tanto que lo desalojaba del interior del palacio, lo ponía afuera. Se sintió justificado en su inmensa admiración por el edificio: “el exterior es tan bueno que lo dice todo”. ¿Pero decía también que él estaba adentro? En realidad la fachada no se veía, por lo estrechas que eran las calles en esta zona, la falta de perspectiva: se adivinaba. Y ahora se daba cuenta de que lo que se adivinaba era el interior. “Yo debería vivir en un palacio.” Lo que le gustaba era la palabra “palacio”. Era un snob.

Soplaba una corriente helada por esos interiores. Lo único que faltaba era la nieve. El portero había desaparecido; o quizás no hu-

**El exterior
lo dice todo**



César Aira nació en Coronel Pringles (Buenos Aires) en 1949. Este es un fragmento de su novela *Los misterios de Rosario* (Buenos Aires, Emecé, 1994).

>>>





La literatura de César Aira ha hecho de la metamorfosis y de la súbita transformación un recurso privilegiado. Aquí, lo fastuoso se vuelve imprevisiblemente pobre, el palacio, un edificio de oficinas, y los frescos, que representan una alegoría de la abundancia y la felicidad, unos humildes graffittis que dicen "Aguante Fito", o "Baglietto".

>>> biera portero, desde que la aristocrática familia Fuentes Balestra, que había construido esta morada, la había abandonado, muchos años atrás, antes de que él naciera. Iba dejando charcos por donde pasaba, en los pisos de mármol verde. Se descongelaba, como un muñeco de nieve. Estaba tan aterido, tan mojado, tan incómodo, que no se sentía cojear. Pero lo hacía, y mucho. Cuando subía la escalera en tinieblas su figura era un bulto negro que se balanceaba con un vaivén decididamente no humano. La oscuridad se debía al corte de luz. Pero llegó sin accidentes, a tientas y en automático hasta la puerta del Dr. Oliva en el segundo piso. En los últimos años cualquiera alquilaba cuartos allí, para oficinas o consultorios, o para vivir. O peor, para citas, o como estudio, para aislarse y escribir o pintar, o para jugar al póker, o para ensayar con esos estúpidos grupos de rock. Los alquileres habían bajado mucho por el mal estado de mantenimiento del edificio (había dejado de tener agua, además de personal de vigilancia). El Palacio Fuentes "se venía abajo", todo el mundo lo decía.

Y sin embargo, el esplendor, la grandeza de tiempos idos, lo afectaba, más allá de las circunstancias, más allá inclusive del *déjà vu*. Lo poco que podía ver en las sombras, las barras de brillo dorado que se desprendía de las jaulas de bronce, el halo de las gigantescas opalinas, y los frescos que cubrían las paredes y los techos: mirarlos equivalía a dislocarse el cuello. ¿Cómo ver en toda su desmesura esas escenas pintadas en las que una aristocracia omnipotente había representado el mundo? Se diría que faltaba perspectiva (en esta ocasión además faltaba luz), pero no era así: sería como decir que faltaba perspectiva para ver el paisaje pintado en un grano de arroz. Los frescos mismos eran perspectivas, que se abrían a cielos, valles, montañas, catedrales, salones. Se decía que representaban, en clave alegórica, la historia familiar de los antiguos dueños, y de todo el mundillo endógamo de la oligarquía rosarina de cien años atrás. Así vivían los ricos. Así se representaban el universo. ¿Cómo? Habría sido difícil decirlo, porque la parte superior de esos frescos estaba descascarada y manchada por la humedad, y la inferior había sido cubierta de inscripciones en aerosol: "Rolling Stone", "Kiss", "Aguante Fito", "Baglietto", toda esa porquería.

por Luis S. Carrión

Legados a la esquina de San Martín y Córdoba, mi amigo y yo nos detuvimos junto a una de las amplias vidrieras de Gath y Chaves, a la espera del tranvía N° 5.

El tranvía se acercaba a la esquina cuando una silueta de mujer cruzando en leve fru-fru de seda entre el grupo de estacionados peatones susurró fugazmente a mi oído:

—Adiós Luisito.

—Adiós —contesté creyendo reconocer el timbre de voz de Catalina.

Mauricio, no habiendo perdido detalle, certificó:

—Che, la de la Rotisería. Esa mina está metida con vos.

—Puede ser —asentí amargado, subiendo ágilmente al tranvía.

En el trayecto, mientras Mauricio ojeaba el diario “Crónica” con los resultados de las carreras y de los partidos de fútbol, me puse a cavilar en su reciente aseveración:

“Claro que Catalina tenía que quererme para haber olvidado tan fácilmente nuestra entrevista grotesca de la plaza 25 de Mayo”.

Mi pensamiento daba vueltas como un disco en la victrola.

¿Pero quién podía ser aquel viejo pelado y barrigón que iba tan orondo del brazo de ella?

Estaba seguro de conocer su cara de luna llena, pero no podía precisar de dónde...

¡Ah, sí, sí...! En las kermesses del Club Rosario Central esa misma cara estuvo toda la noche revoloteando como un mariposón alrededor de nosotros por los pintorescos quioscos de la fiesta.

Ahora recién adivinaba la cruda verdad y sentí algo así como si una filosa daga se sumiera lentamente en mi corazón hasta la cruz.

Catalina me había despreciado por ese viejo verde y por lo mismo ridículo.

**Cadenas
de vagones
platinados
de cinc**

>>>

>>>

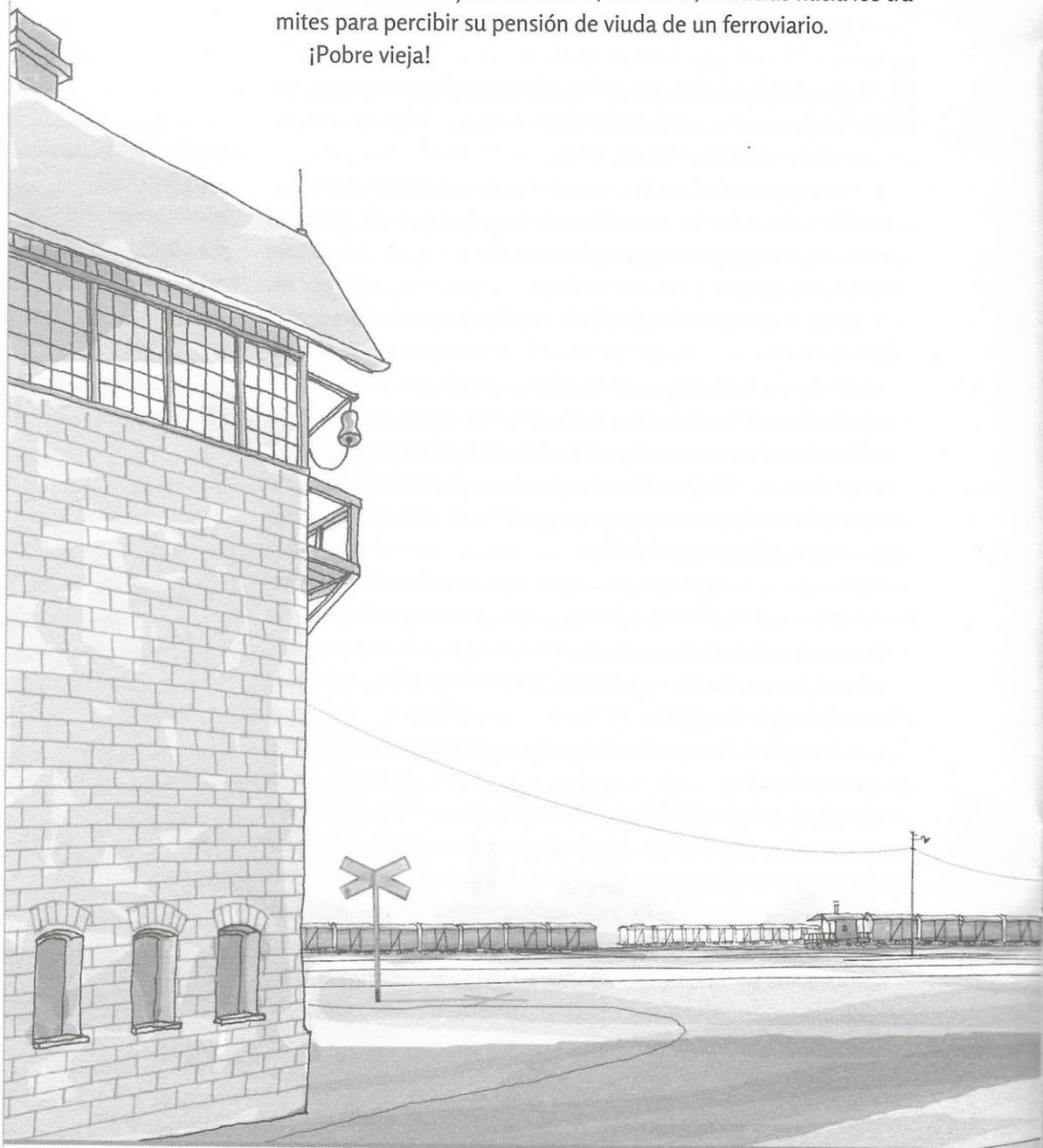
El oro.

¡Pobre corazón!

El edificio de la fideería Minetti con sus múltiples ventanas de luces amarillentas cruzó fugazmente por mis ojos.

Allí había trabajado mi madre, dos años, mientras hacía los trámites para percibir su pensión de viuda de un ferroviario.

¡Pobre vieja!



¡Ella sí que sabía cómo hay que sudar en una fábrica para ganar un peso!

Ya en la cerrada curva del cruce de la calle Salta y Avenida Alberdi, pude observar a la luz artificial de los altos focos de la dilatada playa del Ferro Carril Central Argentino, con sus interminables cadenas de dormidos vagones platinados de cinc.

El guarda, conversando con el motorman en la plataforma delantera del tranvía, fumaba un cigarrillo aprovechando la soledad del paraje.

Entretanto en la solitaria plataforma trasera del tranvía una barra de traviesos purretes, colgados como racimos de los pasamanos, hacían una algarabía infernal.

El guarda, desde el estribo delantero, amagó dos o tres veces bajarse del tranvía en marcha, pero los pibes sobrando la vieja artimaña del "gremio", siguieron colándose hasta llegar cerca del portón Nº 1 de los Talleres del Central Argentino.



En la década del 30 se produjo un atraco a un pagador de sueldos en los talleres del Ferrocarril Central Argentino. Los ladrones escaparon por el paredón que daba a la calle Junín y cayeron un tiempo después, traicionados por una mujer. Carrión, que trabajaba en la sección maquinarias, era uno de los integrantes de la banda y desde la cárcel escribió esta singular novela, que tuvo enorme éxito en los años 40 en la familia ferroviaria.

Luis Sebastián Carrión nació en Rosario cerca del 1910 y murió en Buenos Aires en 1972. Este es un fragmento de su novela *El ángel infame* (Buenos Aires, edición del autor, 1949).



77

Refinería

por Rodolfo Vinacua

Las tardes chatas
y aburridas del
caserío



En 1887 abrió la Refinería Argentina de Azúcar, y en 1903 se creó un barrio entre los bulevares Timbúes (hoy Francia), Avellaneda, el río y el paredón de los talleres del Ferrocarril. Iba a llamarse Norte pero sus habitantes lo bautizaron con el nombre de la fábrica donde trabajaban, escenario de muchas luchas obreras a comienzos del siglo XX y, mucho después, de esta ficción proletaria de Vinacua.

Llegó a su casa. Empujó con el pie la puerta de madera y, antes de entrar, echó una mirada hacia el fin de calle. Esta terminaba de pronto frente a la mole oscura del paredón de la refinería; en realidad, se continuaba por el mezquino pasillo que llevaba a los obreros hasta el puerto. Detrás del paredón, estaban las oficinas y los grandes galpones, y más allá, el río, por donde escapaban los barcos; el río, que poblaba de brisas frescas las tardes chatas y aburridas del caserío. A un costado de la calle, en un espacio abierto, se levantaba la alta torre de hierro, que extendía hasta el edificio principal los dedos largos y numerosos de los cables eléctricos.

Durante años había visto todo aquello indiferentemente, pero hoy le parecía sórdido. Las cosas eran más grises y sombrías que nunca. Imaginó los grupos de hombres y mujeres que caminarían por esa calle a la salida del trabajo y, pese a sentirlos cerca suyo, le parecieron alejados y pequeños, como se ven las multitudes a la distancia. Nada le representaban las palabras ni los gestos. Los hombres y las mujeres se movían como en las películas mudas, dándole la sensación de estar rodeado de gente que pasaba a su lado, sin comunicarle nada, sin mirarlo siquiera. Por primera vez estaba anonadado. El corazón le palpaba velozmente, y una angustia sorda, casi llanto, quería atraparle la garganta.

Haciendo un esfuerzo entró en la casa. De la vieja lata del tabaco extrajo unos pesos, todo lo que le quedaba, y volvió a salir. El paisaje seguía siendo el mismo, pero ahora las cosas hablaban, se llegaban hasta él, rodeándolo como algas, le inundaban con un rumor incontenible y sin sentido, y todas tenían la voz desagradable y chillona de la madre de Pinto.

Hacia el oeste, la calle se ofrecía abierta y extendida hasta el horizonte. Casi echó a correr.

78

Costanera (norte)

por Ricardo Guiamet

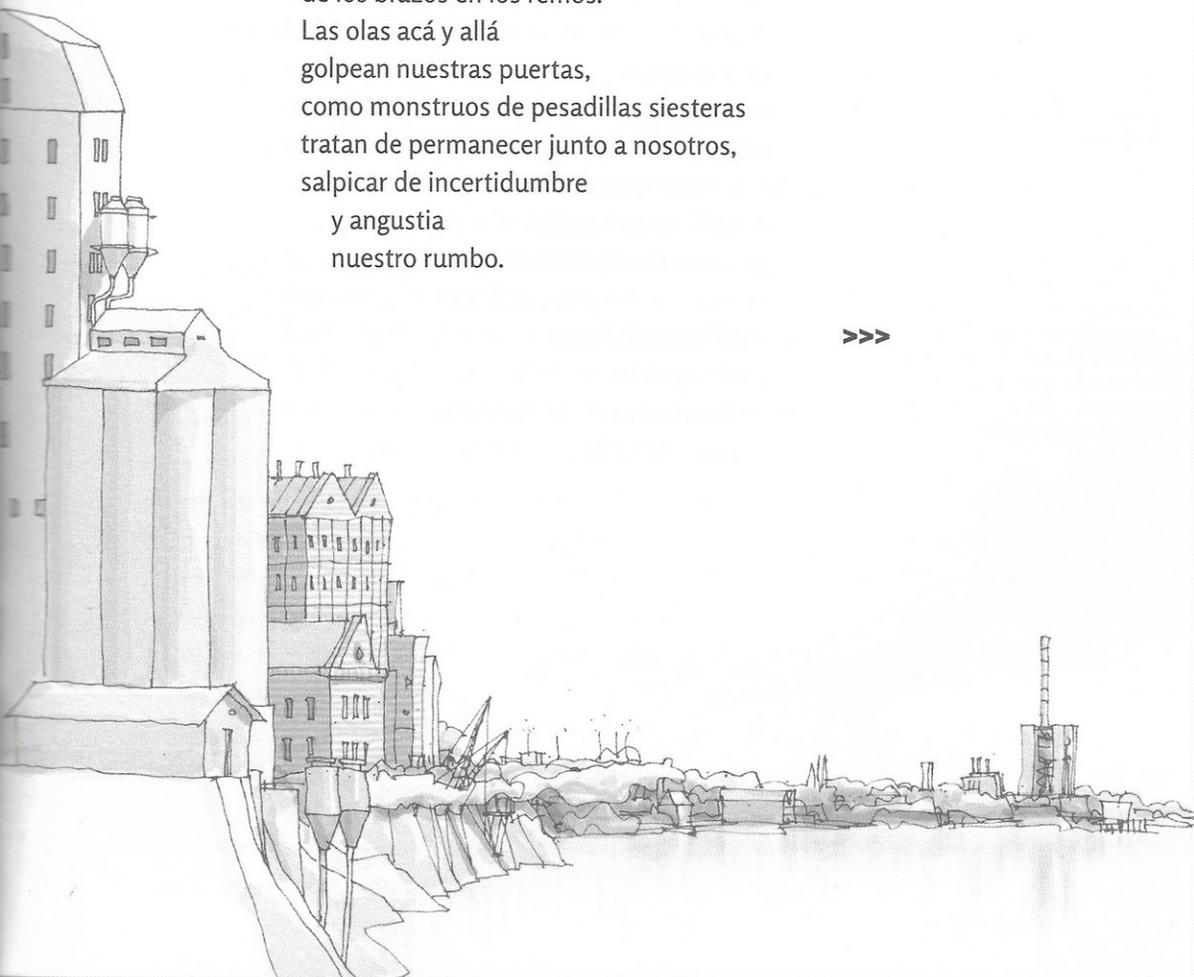
Sudestada

|
Como un hijo desobediente
el bote cabecea y se rebela
indiferente al trabajo
de los brazos en los remos.
Las olas acá y allá
golpean nuestras puertas,
como monstruos de pesadillas siesteras
tratan de permanecer junto a nosotros,
salpicar de incertidumbre
y angustia
nuestro rumbo.

>>>



Los autos
de maqueta,
los árboles
danzando



>>>

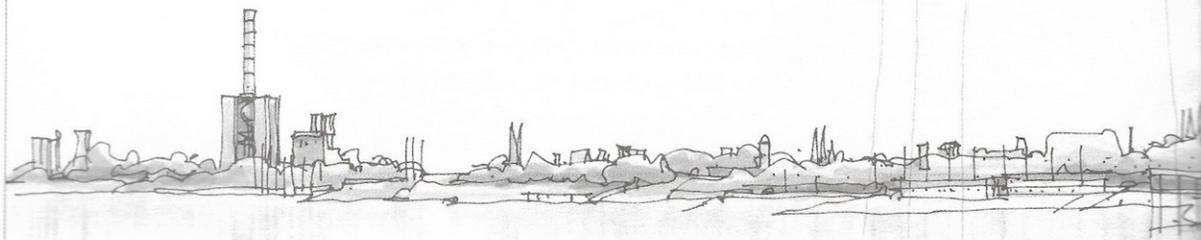
II
Una media botella,
una esponja,
la pobre pericia
a la hora de enfilar la proa
contra el agua marrón
que ya no es
película cubriendo el fondo de la piragua
sino
consistente lastre que doma la proa,
la dobla e hinca mansa
frente a la próxima ola,
el sucesivo embarque de agua.

III
La otra costa
(Rosario,
los autos de maqueta en
la Avenida Costanera,
los árboles danzando
poseídos por la sudestada)
es ahora un paraíso inmenso
de luces y ruidos,
un refugio inalcanzable,
un nuevo mundo desconocido
y aún sin hollar.



Cuando la sudestada hace golpear las olas contra la piragua y el agua, dentro de la embarcación, se convierte en consistente lastre que domina la proa, la ciudad, que era el infierno del que huía el navegante, se convierte, de pronto, en un paraíso al que no se puede llegar.

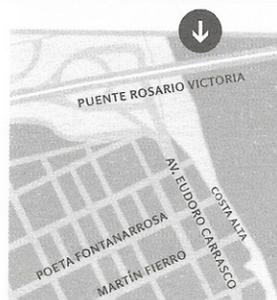
Ricardo Gulamet nació en Rosario en 1959.
Este poema pertenece a su libro *Nada de eso* (Rosario, Los Lanzallamas, 2003).



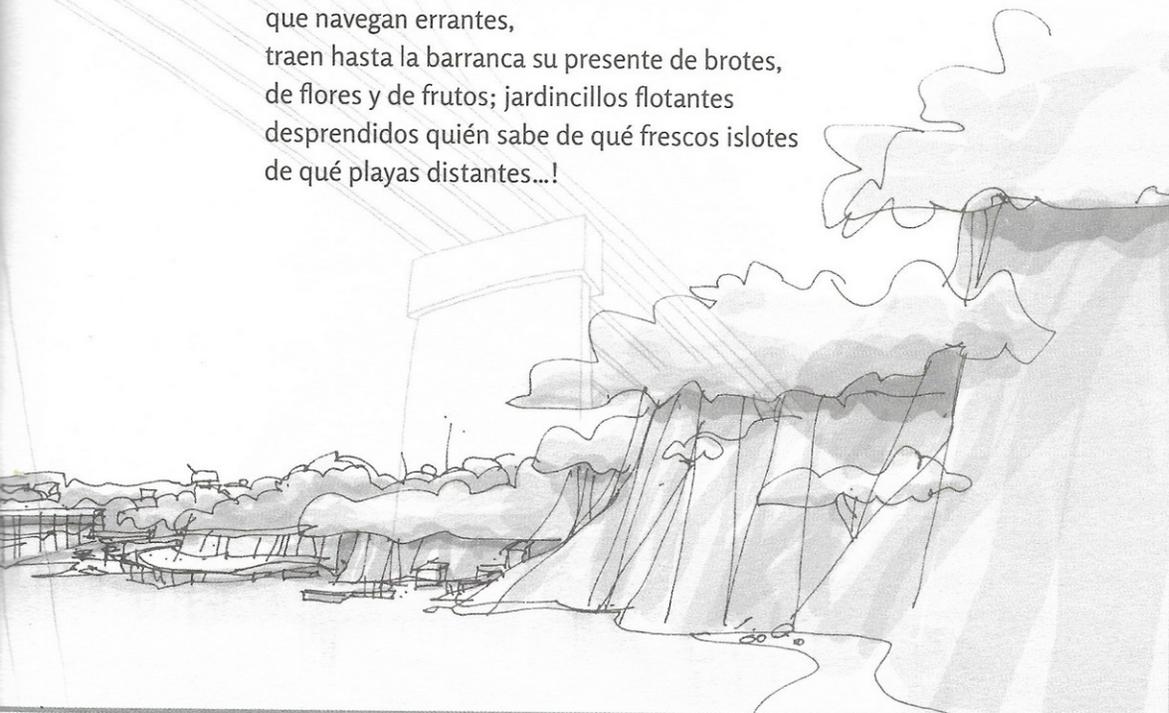
por Marcos Lenzoni

Las barrancas de Alberdi

Barrancas de mi río, altas y recortadas
 en felpudos festones de céspedes verdosos;
 barrancas caprichosas, frescas y salpicadas
 de florecillas vivas,
 de tréboles fragantes y de árboles lustrosos.
 Sobre la falda oscura destacan los fríos
 chalets aristocráticos, tan pulidos y ufanos;
 más allá un promontorio
 y luego, allá a lo lejos, los brazos de los ríos,
 con gestos voluptuosos, largos gestos humanos,
 que intentan abrazar el gran cuerpo ilusorio
 de las islas lejanas. Algunos camalotes
 que navegan errantes,
 traen hasta la barranca su presente de brotes,
 de flores y de frutos; jardincillos flotantes
 desprendidos quién sabe de qué frescos islotes
 de qué playas distantes...!

Felpudos festones
de céspedes
verdosos

El único libro de poemas de Marcos Lenzoni, que murió a los 30 años, fue publicado en forma póstuma y recuerda a algunos barrios y rincones de la ciudad. A veces sentimentalmente, otras con gracia y humorística levedad.



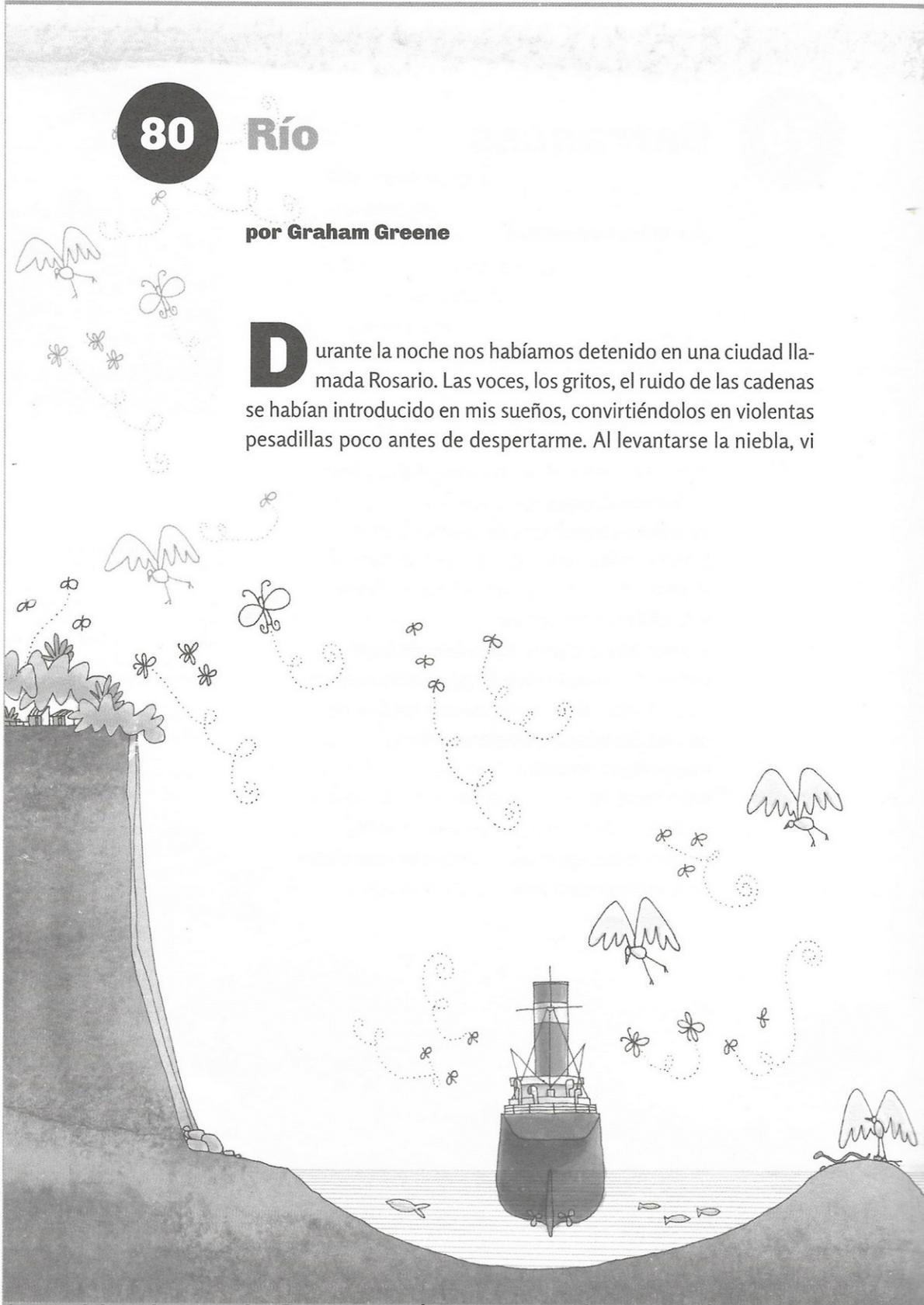
80

Río

por Graham Greene

Durante la noche nos habíamos detenido en una ciudad llamada Rosario. Las voces, los gritos, el ruido de las cadenas se habían introducido en mis sueños, convirtiéndolos en violentas pesadillas poco antes de despertarme. Al levantarse la niebla, vi

Graham Greene nació en Berkhamsted (Inglaterra) en 1904 y murió en Ginebra (Suiza) en 1991. Este es un fragmento de su novela *Virajes con mi tía*, traducida por Enrique Pezzoni (Buenos Aires, Sur, 1970).

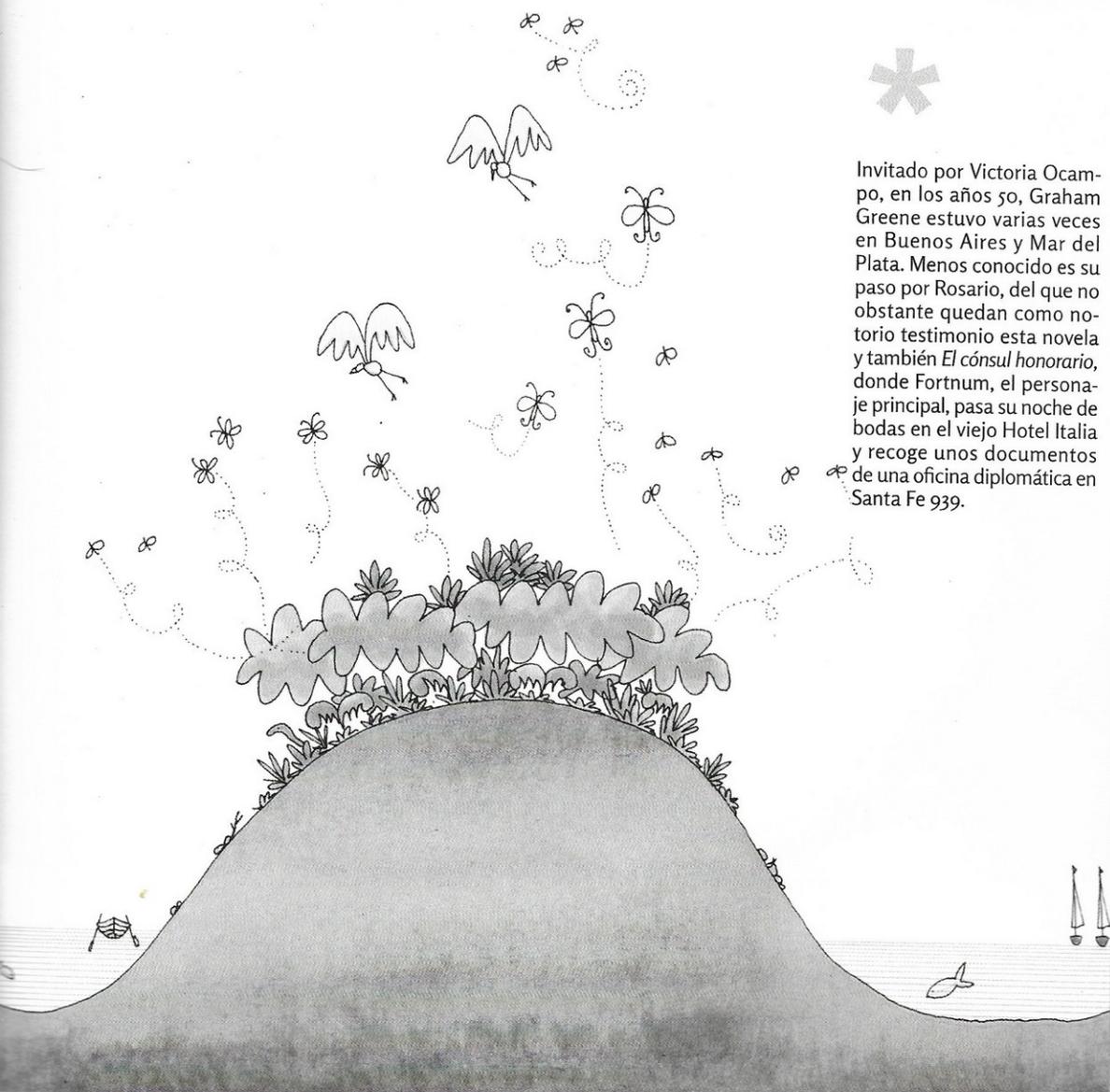


que el río había cambiado de aspecto. Muchas islas emergían de las aguas; había acantilados y franjas de arena, y pájaros extraños silbaban y susurraban junto a nosotros. Tuve una sensación de viajar mucho más intensa que al cruzar las fronteras pobladas en el Orient Express. El río estaba bajo y se decía no podríamos ir más allá de Corrientes porque no habían llegado las esperadas lluvias de invierno. En el puente, un marinero echaba continuamente la sonda. El sacerdote me informó que el fondo estaba a medio metro del calado del barco y se fue para seguir propagando el desánimo.

En una ciudad llamada Rosario



Invitado por Victoria Ocampo, en los años 50, Graham Greene estuvo varias veces en Buenos Aires y Mar del Plata. Menos conocido es su paso por Rosario, del que no obstante quedan como notorio testimonio esta novela y también *El cónsul honorario*, donde Fortnum, el personaje principal, pasa su noche de bodas en el viejo Hotel Italia y recoge unos documentos de una oficina diplomática en Santa Fe 939.



Rosario Ilustrada

Guía literaria de la ciudad

Ochenta escritores que tomaron a Rosario como escenario de sus relatos y poemas, a lo largo de diez recorridos por la ciudad que la literatura reinventó en el último siglo.

La ciudad de las cosas que ya no son y perviven, o nunca fueron pero podrían ser.

La de nuestras mejores y peores fantasías.

Una ciudad imaginaria. O la única real.

*En el año del III Congreso Internacional de la Lengua Española
 “Escritura literaria: la invención de una identidad”*



III Congreso Internacional
 de la Lengua Española
 Identidad lingüística y globalización



EDITORIAL MUNICIPAL DE ROSARIO



MUNICIPALIDAD DE ROSARIO
 SECRETARÍA DE CULTURA Y EDUCACIÓN